

hacen que se deje llevar fácilmente por su instinto á reconocer en ellas las más terribles diosas. Los Georgianos tratan á los azotes pestilenciales de «grandes señores» y se dirigen á ellos en lenguaje adulator <sup>1</sup>.

El salvaje quiere conjurar la muerte cuando se presenta como enemiga, para quitarle compañeros, amigos y parientes, y la invoca como aliada y como protectora para que hiera al animal que persigue, á la fiera que le ataca ó al odiado adversario. Cree sentir el contacto de las almas de los muertos, salidas de todos los cadáveres caídos en su derredor; percibe que se arremolinan en el aire en una proximidad propicia ó inquietante, según el estado de paz ó de guerra que prevalece en la población. Se ven esas almas, se las oye tan bien, que para huir de ellas, los que las temen, tratan de extraviarlas en el bosque, cerrando los caminos, cambiando el emplazamiento de las cabañas, tapiando las puertas, disfrazándose para no ser reconocidos, hasta abandonando el antiguo lenguaje para hablar otro nuevo <sup>2</sup>.

Entre esas almas en pena, había felizmente muchas que llegaban á tener un cuerpo que habitar. Los parientes del muerto solían ser advertidos en sueños del sitio en que se hallaba aquel cuerpo y de la transformación que había sufrido: unas veces oían su voz en un árbol y comprendían que allí se había refugiado; otras se revelaban en un animal del bosque, que había tomado la semejanza del ser desaparecido. Cumplíase una transmigración de las almas de la vida precedente en otras vidas nuevas, todo objeto de la naturaleza circundante, la roca ó el manantial, la planta ó el animal podían convertirse en asilo del fugitivo. Una sola cosa era cierta, la continuidad de la vida, hecho que los salvajes comprendían de la manera más sencilla; sin poder estudiarle desde el punto de vista del desprendimiento de los gases de la combinación orgánica en formas nuevas, nuestros antepasados conservaban la invencible certidumbre de que las almas de los muertos les acompañaban siempre y se encontraban con ellos, como en el tiempo de su existencia anterior, en relaciones de amistad ó de odio.

Así, aunque teniendo miedo de la muerte, esa transformación prodigiosa que retira el soplo del pecho y hace pudrir las carnes, creían en la persistencia de la vida bajo mil formas. El difunto no estaba muerto,

<sup>1</sup> Sakhokia, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, sesión de 16 de abril de 1904.

<sup>2</sup> Elie Reclus, *Les Primitifs*.

desaparecía, pero sólo en apariencia y si no había encontrado refugio en otro cuerpo <sup>1</sup>; la parte más sutil de su ser, convertida en más invisible que el aire, se movía aquí ó allá alrededor de la antigua morada, sobretudo en las agitadas hojas. Aun en nuestros días, en el país de Verviers, se prohíbe á los niños tirar piedras en los cercados, en la fiesta de los Muertos, para no herir las almas.

Pero vivientes como son, ¿cómo pueden esas almas sostenerse fuera de las condiciones necesarias á la conservación de su existencia? Ahí comienza el milagro. Se creía que los espíritus errantes privados de su cuerpo le habían perdido á su pesar, por efecto de alguna astucia de brujo, de alguna violencia de los genios malos <sup>2</sup>. Por tanto, era preciso combatir resueltamente esos enemigos. La piedad filial y esa solidaridad humana que algunos pesimistas niegan, aunque liga los vivos á aquellos que ya no existen, exigían, pues, del primitivo que tratase de reponer la muerte en un medio que le conviniese.

Primeramente se trataba de darle una morada que pareciese ser de su gusto; sobre todo en esta ocasión los ritos funerales habían de variar según la naturaleza de las comarcas y las industrias locales: en tal población se enterraría el muerto cerca de la piedra de su hogar; en otra se encerraría su alma en un muñeco de madera ó en una efigie de cera, en un girón de tela que se colgaba en el techo de la cabaña. La rama de un árbol sagrado, una armazón de madera, la proa de un barco eran también lugares de residencia atribuidos á los muertos. Del mismo modo la llama santa debía, en muchas poblaciones, destruir el cuerpo y unirse íntimamente al soplo del hombre, su alma verdadera. Los más bravos daban á sus muertos la más digna de las sepulturas. Su propio cuerpo. Los Battas, de Sumatra, los Tchuktchi, de Siberia, y otros se comían sus ancianos.

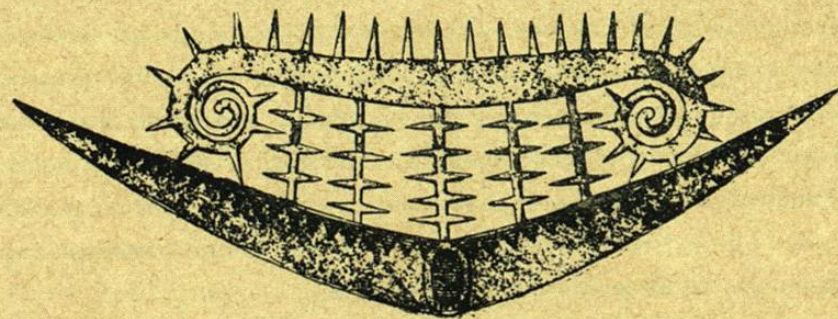
Una manera más refinada de incorporarse el alma de los muertos consistía en beber los líquidos que corren del cadáver descompuesto: así era como en muchas tierras de la Insulindia debían proceder las esposas para permanecer fieles á sus esposos; de ese modo absorbían en detalle el cuerpo del dueño hasta que no quedase en la cabaña más que una mo-

<sup>1</sup> Eug. Monseur, *Cours d'Histoire religieuse*, pág. 8.

<sup>2</sup> Elie Reclus, *La Mort*, «Société Nouvelle», 1895.

mia desecada. Los Alivuŕu (Alfuru) de las islas Aroe, al oeste de la Papuasía, mezclan á sus tortas de sagú los fragmentos de los cuerpos de sus parientes y se les asimilan así en el espacio de algunas semanas; en los banquetes fúnebres hacen circular una copa de honor en que el arrak se mezcla al jugo del cadáver, y todos beben un sorbo para comulgar con el muerto<sup>1</sup>.

Pero hay tribus que, habiendo abandonado por sí mismas la repugnante práctica, la han impuesto á sus esclavos: comen sus muertos por



ORNAMENTOS SAGRADOS DE LAS PIRAGUAS DE LA ALDEA DE SIKILIKI (ISLA DE UALÁN CAROLINAS), RECOGIDOS CUANDO EL VIAJE DE *La Coquille* (1822-1825)

delegación. Por una substitución análoga, los Tíbetanos entregan á los perros los cadáveres de sus deudos, y los Parsis restituyen los cuerpos á la madre Naturaleza por medio de los buitres y otros animales aficionados á la carne putrefacta. Los antiguos Etiopes pintaban sobre su cuerpo la imagen de los parientes ó amigos desaparecidos<sup>2</sup>, que es lo que nosotros hacemos llevando sobre nosotros medallones, cabellos ó recuerdos de nuestros muertos.

La manducación de los cadáveres, aunque procedente de un sentimiento de solidaridad de los más íntimos de parte de los sobrevivientes, es muy rara entre los hombres, y por lo común se deja á los muertos que vuelvan á los elementos primitivos por vía de descomposición lenta. Las carnes son casi siempre sacrificadas, en tanto que, en muchas tribus se conservan los huesos, sobre todo los cráneos y las tibias; los ribereños del Orinoco entregan los cadáveres á los dientes de los peces, en otras

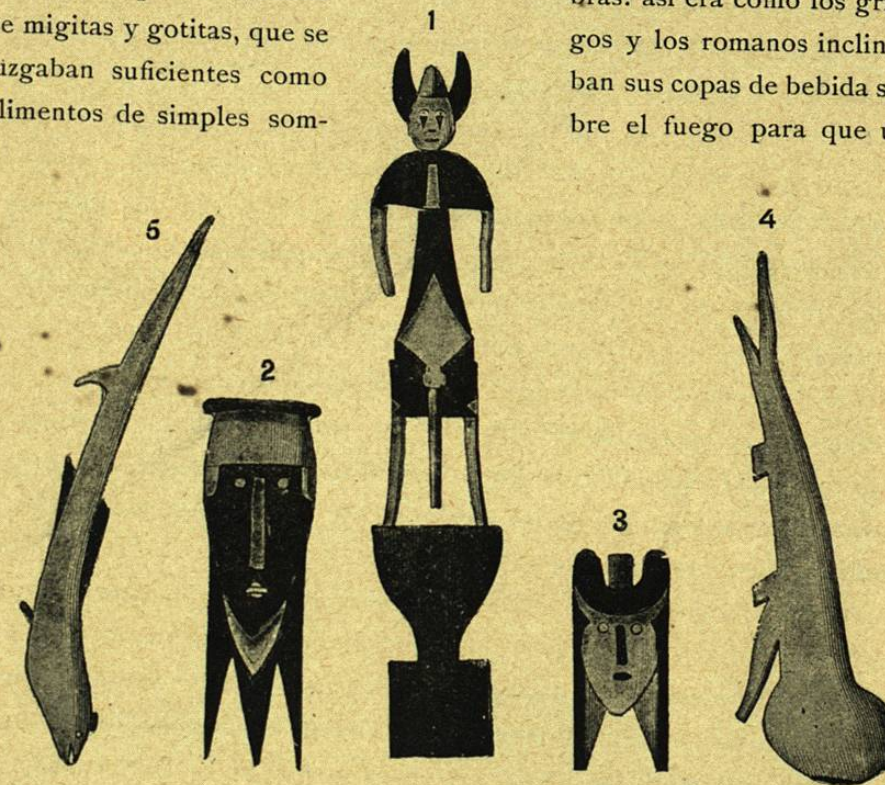
<sup>1</sup> A. Bastian, *Rechtsverhältnisse der Völker*; — Elie Reclus, *Revue internationale des Sciences*, n.º 12, 1881.

<sup>2</sup> Lecky, *Rationalism in Europe*.

partes se les remite á las hormigas para que el esqueleto limpio en seguida pueda ser conservado como fetiche<sup>1</sup>.

Bajo cualquier forma que persistan los cuerpos, no deja de suponerse que viven siempre, y conviene alimentarlos regularmente, sea por grandes comidas, que pueden resultar muy costosas á la familia ó á la comunidad, sea por la ofrenda de migajas y gotitas, que se juzgaban suficientes como alimentos de simples som-

bras: así era como los griegos y los romanos inclinaban sus copas de bebida sobre el fuego para que un



ÍDOLOS PRINCIPALES DE LA ALDEA DE SIKILIKI, (ISLA DE UALÁN, CAROLINAS)

1, 2, 3. Ídolos principales. — 4, 5. Ídolos inferiores.

híllilo del precioso líquido les conciliase los dioses y los genios. Se proveía al muerto de un báculo para que al otro lado de la tumba continuase el viaje de la vida, quizá por sitios más dichosos; en las comarcas en que el hombre había sabido ya domesticar animales de carga, se le daba el caballo ó el buey por compañero, y el Viking de las costas septentrionales recibía un barco para continuar sus viajes de descubrimiento y de conquista sobre las nuevas riberas.

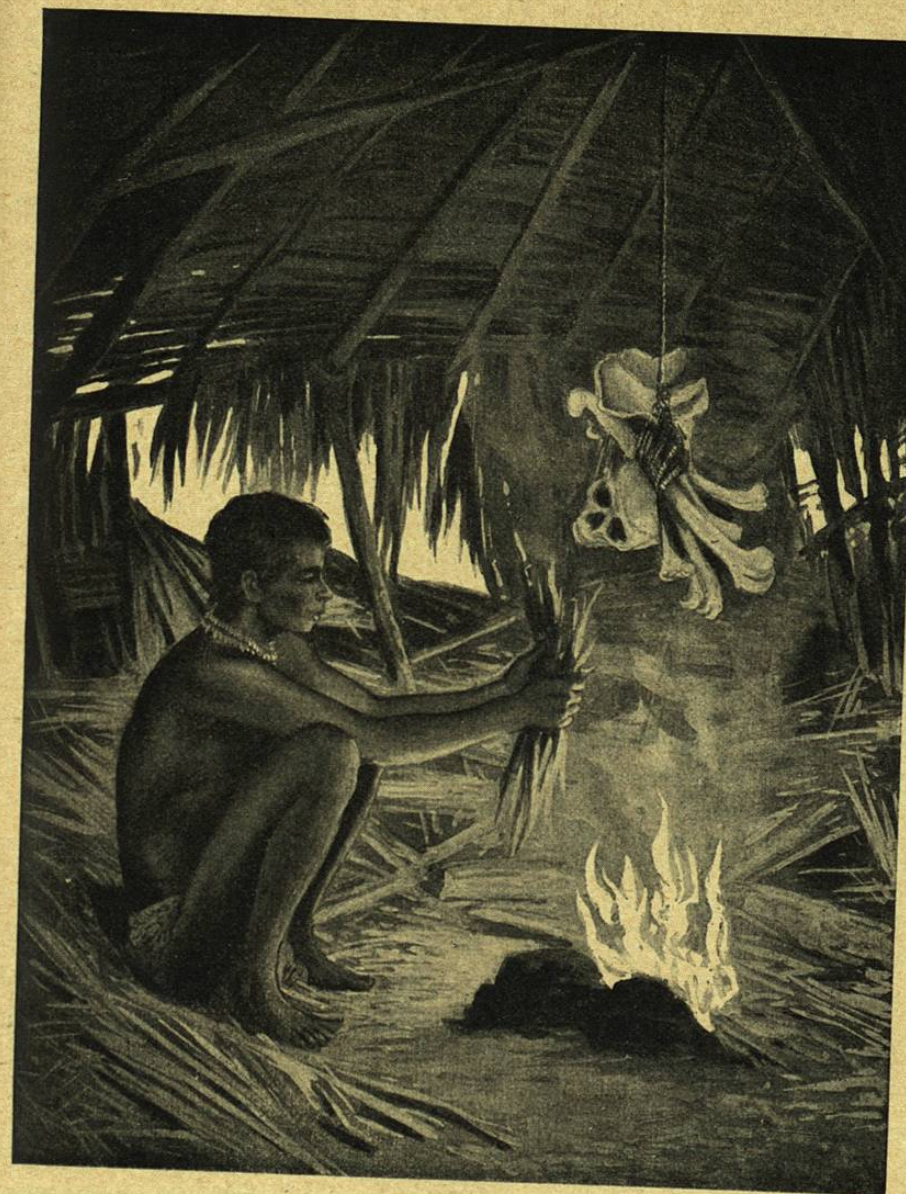
<sup>1</sup> Félix Regnaud, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, sesión de 9 de enero de 1896.

Si el numerario era conocido entre los amigos del muerto, se le daba una moneda á lo menos para que traficase todavía útilmente con las gentes de ultratumba; por un respeto supersticioso de las antiguas costumbres, los contemporáneos de Sócrates y de Séneca observaron, como muchos europeos observan todavía en diversos puntos, esa práctica funeraria. Por último, cuando el difunto era un gran jefe, se le hacía acompañar en la hoguera ó en la fosa sangrienta por toda una corte de guerreros, de mujeres y de esclavos.

De ese modo, en la inmensa multitud de muertos que llenan el espacio, tan numerosos como las hojas de los árboles ó que los granos de arena de la orilla, se establece una jerarquía análoga á la que prevalece en la sociedad de las diversas tribus: entre las poblaciones igualitarias, los desaparecidos son considerados por iguales; entre aquellas en que el poder de los unos se ha fundado sobre la servidumbre de los otros, el tratamiento de los muertos varía desde la apoteosis al absoluto desprecio. La creación de un cuerpo sacerdotal debió de acusar la diferencia de aceptación reservada á los muertos, puesto que magos y sacerdotes se erigen en jueces, en dispensadores de los castigos y de las recompensas de ultratumba. Mas, á pesar de los juicios que pronuncia el hombre de religión, una duda subsiste siempre. Los calvinistas, como se sabe, proclamaban, según san Pablo y san Agustín, el dogma de la predestinación: la suerte de los hombres está fijada de antemano, echada á suerte; como en Taiti, las almas ciegas, saliendo de los cuerpos al azar, encuentran dos piedras, la una abre el camino de la vida eterna, la otra el de la eterna muerte<sup>1</sup>.

Los sacerdotes, como los jefes, se habían elevado sobre la multitud por una selección natural: los hombres de inteligencia excepcional ó de gran experiencia, lo mismo que los astutos compadres, los mejores y los peores, habían de adquirir un ascendiente considerable por las explicaciones verdaderas ó plausibles que habían sabido dar de los prodigios de la vida y por los consejos que habían distribuido en tiempo oportuno. Hasta este punto su influencia era legítima; pero nada deprava tanto como el éxito, y su consideración misma había de arrastrarlos á hipócritas pretensiones de saber. La magia se convirtió en un oficio, sea

<sup>1</sup> Marillier; Remy de Gourmont, *Chemin de Velours*, p. 18.



INDÍGENA DE LAS ISLAS NICOBAR SECANDO LOS HUESOS DE SU PADRE  
AL HOGAR DE SU CHOZA

Dibujo de G. Roux según un documento fotográfico.

para curar las enfermedades físicas del hombre, sea para apartar de él la mala suerte echada por otros brujos ó por los genios, y este oficio fué retribuido, porque sin presente al dios y á su intérprete no hay salvación. La parte de ciencia verdadera, mezclada á la supuesta ciencia,

gracias á la cual podían atraer el favor de las divinidades de lo alto y conjurar el odio de las potencias del aire, tuvo sus maestros y sus discípulos: se constituyeron sociedades formadas con períodos de noviciado y grados de iniciación, y poco á poco se estableció así en cada tribu un grupo de privilegiados, tanto más temibles cuanto que á sus trapacerías conscientes ó inconscientes mezclaban más conocimiento real de los hechos. El *medicus* latino conjuraba la enfermedad por sus imprecaciones<sup>1</sup>. El brujo algonquin consulta los animales del totem rodeándose de tortugas, cisnes, cornejas y urracas (Schoolcraft); otros se ocultan para hablar directamente con el Dios del Cielo.

Esta institución de una sociedad superior, imaginándose ó pretendiendo conocer las cosas del más allá, entregó las poblaciones y las naciones al régimen del terror incandescente, porque era inevitable que la casta, subdividida en cofradías secundarias, especulase, aunque inconscientemente, sobre la credulidad de los cándidos, su espanto de la muerte y de lo desconocido, para aumentar su poder y su riqueza. Convertida en intermediaria entre los hombres y los espíritus, por deber y por interés tenía que representar á éstos como muy malos para justipreciar su intervención en una tasa tanto más elevada. «El gran Kalita—dicen los brujos de Palaos, hablando del genio que gobierna los insulares—gusta de comer hombres»<sup>2</sup>. Complacerse en derramar sangre, repiten los Taitianos cuando practican sus infanticidios, es «tener entrañas de Dios»<sup>3</sup>. ¿No es también un «Dios fiero y celoso» el amo aislado en el cielo de los Judíos? Y en una augusta indiferencia, Zeus se sienta en la cima del Olimpo para regocijarse con la lucha de esos pueblos perecederos, los Troyanos y Acayos, que se degüellan mutuamente á sus pies<sup>4</sup>.

Ese odio sanguinario, esa terrible envidia de los infinitos genios ó del amo de los genios, sólo podía tener un medio único de ser conjurados, el sacrificio: así como en un incendio destructor de los bosques, el salvaje favorecía el fuego, del mismo modo daba un poco de sangre al dios ávido que quería beberla á mares; al menos así ganaba tiempo. Pero donde quiera que la población vivía bajo el terror inspirado por el

<sup>1</sup> Pictet, *Aryas*, t. II, pp. 644-645.

<sup>2</sup> Miklukho-Maklay, *Bulletin de la Société de Géographie russe*, 1878.

<sup>3</sup> William Ellis, *Polynesian Researches*.

<sup>4</sup> Iliade, XX.

mago, no bastaba un poco de sangre, se necesitaba mucha y la sed del dios no estaba jamás satisfecha: de ahí el deber para el adorador de sacrificar lo que le era más querido. Antes que el ángel del Eterno detuviera la mano de Abraham, pronto á degollar á su hijo Isaac, muchos otros padres debieron matar sus hijos, dando al temible espíritu las primicias de toda existencia animal que naciera en sus dominios. El padre no podía rescatarse sino por la muerte del hijo. Al este del lago Ste-



SEPULTURA DE UN JEFE GALO

A sus pies, vasijas y pequeños recipientes contienen provisiones y plantas aromáticas destinadas á la curación de las heridas. El cuerpo reposa sobre el carro, del cual únicamente ha respetado el tiempo el cubo y las yantas de hierro.

phanie, los Boranes satisfacen al dios Wak, el «Cielo», abandonándole los hijos nacidos durante los primeros años de matrimonio, cuatro años entre los unos, ocho entre los otros; los recién nacidos son expuestos en la maleza y devorados por las fieras. Después de este período de purificación, los Boranes, convertidos en Rabas, se consideran en paz con su dios: un sacerdote los circuncida y procrean hijos á quienes quieren<sup>1</sup>.

La leyenda de Abraham indica una etapa de la humanidad; simboliza la dulcificación de las costumbres que se produjo en la historia del pue-

<sup>1</sup> Maud, *Geogr. Journal*, mayo, 1904, p. 568.